

A raíz del asesinato de una maestra jardinera, este artículo reflexiona en torno a la educación de la condición humana: la alegría y el cariño educan para la vida, la violencia, para la muerte. El planteo no exculpa al criminal, pero señala además en otra dirección: en una sociedad que tolera el magisterio de la violencia, las condiciones para el crimen están dadas.

APRENDIZAJE DE LA VIDA Y APRENDIZAJE DE LA VIOLENCIA

Claudia Oroná, maestra jardinera del barrio Tres Estrellas, fue asesinada al salir de su trabajo. Llevaba ocho años y no pensaba dejar su cargo, a pesar de los pedidos de sus padres, de la expresión de una de sus primas: "Dejá de trabajar en esa maldita guardería." Ella se sentía protegida, respetada. ¿Quién podía hacerle daño si se hacía cargo de niños pequeños para apoyar a las madres?

Era parte de la comunidad, como tantas otras maestras jardineras.

Claudia enseñaba a niños pequeños. En el jardín hacen falta una profunda calidad humana, una sensibilidad a flor de piel, mucha alegría de vivir, mucha ternura, gusto por los juegos y la risa en los labios y la mirada.

En medio de la pobreza y las privaciones, el jardín representa un espacio donde vivir la niñez junto a alguien capaz de amarla y dejarla crecer. Un jardín es el ámbito donde más se hace realidad la expresión de Rousseau: "Dejad que la infancia madure en los niños". Junto a las maestras jardineras, los niños aprenden a ser niños, aprenden vida, vida de niños.

Horror sin límites cualquier crimen. Nadie tiene derecho sobre la vida de nadie. Horror sobre horror el asesinato de una maestra jardinera, porque con él ha sido golpeado el corazón de un territorio dedicado al aprendizaje de la vida.

La muerte de Claudia golpea sin piedad ese lugar de la vida. Golpea sin piedad lo más precioso de la educación.

La mano que empuñó el arma, que liberó la bala, que se tiñó de sangre para siempre, también había aprendido. No en el jardín de Claudia, no entre la ternura, la alegría, los juegos y la risa. La mano aprende, desde los primeros días, a ser garra o caricia, puño o caricia.

Es una ley de nuestra condición de humanos: todo aprendizaje de la violencia, fructificará. Hay una línea tendida, tenaz, inexorable, desde las primeras violencias hasta la muerte de Claudia.

¿Dónde se aprende más? ¿En ese rincón de vida del jardín o en el océano de la violencia cotidiana?

A Claudia la mató un asesino, ningún interés tengo en negar responsabilidades individuales. Pero no nos cabe dejar todo como si fuera producto de un inadaptado. Esa mano fue cultivada día a día, gota a gota, para que llegara a semejante horror.

Un funcionario decía que se habían roto códigos que nadie se animaba a atropellar. Detrás de la mano capaz de semejante ruptura hubo, hay, marejadas

de códigos rotos en estas nuestras tierras donde se enseñorearon y enseñorean seres capaces de corromperlo todo.

Palabras de alguien que trabaja en el barrio, en la edición del 3 de noviembre del diario Los Andes: "El crecimiento del mercado de la droga y las armas ilegales, los altos índices de deserción escolar y, sobre todo, la falta de propuestas educativas y culturales que contengan a los adolescentes". Todo esto no exculpa al criminal, pero señala las condiciones de posibilidad del crimen.

Los seres capaces de corromperlo todo son también maestros, de la violencia y de la muerte.

No sé si la mano se hubiera alzado sin ese deplorable magisterio. Siento que no, que fueron ellos quienes le enseñaron, quienes la colmaron de agresión, quienes la armaron, quienes le engancharon el dedo en el gatillo.

Hay, en estas pobres tierras nuestras, una educación para la vida y una educación para la violencia y la muerte. Un discípulo de esta última asesinó a Claudia. Quienes la sobrevivimos en el trabajo educativo hemos sido lastimados en lo más hondo. Nos duele hasta el aliento, como dice el poeta, nos duele una herida sin márgenes que no cerrará.

Daniel Prieto Castillo